

imágenes fronterizas o liminales del deseo. Madrid como patria ansiada, París como ciudad de ensueño; Mercurio como referencia al mercado. Solo estas imágenes confrontacionales implican que hay algo imposible en todas ellas: no se puede conciliar una patria con lo que se sueña, porque hoy, en la posmodernidad, no puede existir más sueño como futuro, como horizonte, porque ello no existe; la misma patria, como abrigo está amenazada por el creciente mercado, dígame, el tráfico de órganos y cuerpos.

Según lo señalado, *Hoteles del silencio*, pese a que su trama a ratos se fractura con autorreferencias del escritor o la intención de querer meterse con algo del género policial, propone inquietantes imágenes y preguntas. No las resuelve: todo queda en suspenso. No sabemos si finalmente nace el niño; no sabemos del padre real de este; no sabemos si la pareja logrará la felicidad; no sabemos del criminal. Como en la película de Lang, aunque el criminal es visible, este acusa a la sociedad, en la novela el narrador, como ejercicio autorreflexivo, cumple con el propósito del escritor con una especie de pregunta al lector sobre su inercia e inacción. En tal sentido, *Hoteles del silencio* es provocativa.

*Iván Rodrigo Mendizábal*  
*Universidad de Los Hemisferios, Quito*

**CARLOS VÁSCONEZ,**  
***La vida exterior,***  
**Buenos Aires, La Caída,**  
**2016.**

***Jardines Lewis Carroll,***  
**Arequipa, Caschuesos,**  
**2017.**

El escritor cuencano Carlos Vásconez ha publicado dos excelentes libros recientemente. *La Vida Exterior* es su cuarta novela y fue publicada por Editorial La Caída (Buenos Aires-Cuenca) en el 2016 mientras que *Jardines Lewis Carroll*, su sexta colección de relatos, fue publicada por Caschuesos Editores (Arequipa) en 2017. La primera adopta la forma de un diario escrito en el mes de marzo de algún año indeterminado. Propone una serie de episodios y reflexiones dispersas, rutinarias y a la vez exageradas. Inicia con el lanzamiento de un libro titulado *La noche en el papel* considerada, en principio, una obra de ingenio, por el propio autor y sus amigos cercanos. Los días venideros nos describen encuentros pasajeros con un editor, visitas a los padres, paseos y pensamientos recurrentes en torno a una mujer ideal, llamada Adriana. Todo esto nos lo va contando un carismático escritor que ha elegido el nombre Belmondo McGuffin como seudónimo, apuntando

hacia una noción *cool* y efectista de la masculinidad, tal como lo desarrolló en varias películas, a partir de los 60, el popular actor francés Jean Paul Belmondo; y, a la vez, a la artimaña narrativa por antonomasia, conceptualizada por Alfred Hitchcock. Sin embargo, de manera repentina, pero discreta, y muy convincente, hacia el final del diario, se produce un relevo misterioso; otro personaje se convierte en autor y es como si empezara una nueva novela dentro de la novela. Belmondo deja de ser Belmondo y la supuesta musa, Adriana, es eso, *supuesta*, una anti-musa, incluso. Vásconez, por lo tanto, además de producir un texto que reflexiona sobre sí mismo, cuenta con una saludable dosis de surrealismo; y es bajo ese hechizo que se puede entender de mejor manera el lenguaje rico con el que escribe este autor, una prosa fina que por momentos se apoya sobre lo mejor del modernismo literario de principios del Siglo XX.

*Jardines Lewis Carroll*, en cambio, reúne alrededor de veinte relatos cortos, producidos en los últimos cinco años. Algunos son microrrelatos. Otros, actuando casi a la inversa, proponen extenderse sin fin (uno en particular está compuesto por una sola oración que dura cuatro páginas). La mayoría sostienen un diálogo intenso con la noción de lo incompleto, es decir con el fracaso.

El mismo autor ha señalado en una entrevista: “El cuento cabe perfectamente en un microrrelato. La novela en un cuento o incluso en un microrrelato.” Hay cierta frustración implícita, por lo tanto, en la lectura de este libro pero el lector se zafa de ella con frecuencia, cada vez que aparece uno de varios momentos precisos: una frase, una imagen, un chiste que nos produce goce, miedo, pensamiento. No es casual que el título del libro se refiera al autor de la saga de *Alicia en el país de las maravillas* pero en su faceta menos conocida, como fotógrafo prolífico, creador de instantáneas, muchas de ellas mostrando a niñas y jóvenes con tintes eróticos que han levantado polémicas en torno al autor británico.

Vásconez no escribe su vida. Hay poquísimas referencias a Cuenca o el Ecuador, pocas referencias a lo que podría ser su día a día común y silvestre. Más bien, tanto en su novela como en sus relatos, es un creador de situaciones y de personajes que vienen de su gran imaginación. Está el hijo de la costurera, el lisiado, el verdugo, los integrantes de una banda de rock, el conductor de una orquesta, un gato, un hombre que ha decidido no hablar, un doctor, un padre, un futbolista... Una de sus temáticas recurrentes es el amor heterosexual. Y aquí vale la pena cerrar con un pequeño

reclamo que no busca disminuir mi admiración personal por Carlos Vásconez. En demasiadas oportunidades dentro de sus libros, si bien el escritor emana una especie de sabiduría misteriosa, las cosas se dan con demasiada facilidad para sus personajes masculinos, vestidos de héroes momentáneos que persiguen, conquistan y luego se aniquilan en el amor. Pero este énfasis en la mujer como poseedora de una fatalidad y otros retoques que la alejan de lo humano y la aproximan a lo divino, puede resultar sospechoso.

*Salvador Izquierdo*